

Europa arde: el continente se calienta al doble del promedio mundial y el cambio climático ya deja miles de víctimas

Las imágenes de incendios forestales, ciudades sofocadas por temperaturas superiores a los 40 °C y hospitales colapsados por golpes de calor son noticia mundial. Europa atraviesa uno de los veranos más extremos de su historia reciente y los científicos coinciden en que no se trata de un fenómeno aislado, sino de una de las expresiones más evidentes del cambio climático provocado por la actividad humana.

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), Europa es actualmente el continente que más rápido se está calentando: su temperatura aumenta a un ritmo dos veces superior al promedio global. Las consecuencias ya son visibles sobre los ecosistemas, la infraestructura, la economía y, sobre todo, la salud de millones de personas.

Las olas de calor son cada vez más frecuentes, prolongadas e intensas. Las noches tropicales, con temperaturas cercanas a los 30 °C, impiden el descanso y elevan el riesgo sanitario, especialmente entre adultos mayores, niños y personas con enfermedades preexistentes.

Solo en 2024, el calor extremo provocó más de 62.000 muertes en Europa. En España, entre 2015 y 2024, se registró un promedio de 2.400 fallecimientos anuales asociados a las olas de calor.

El impacto también se refleja en los incendios forestales. En lo que va del verano de 2026, el fuego consumió más de 17.000 hectáreas de bosques en Francia, España y Portugal, favorecido por la combinación de sequías prolongadas, vegetación extremadamente seca y temperaturas récord.

Estos incendios no solo destruyen biodiversidad y hábitats naturales. También liberan enormes cantidades de dióxido de carbono almacenado en la vegetación, retroalimentando el calentamiento global y dificultando la recuperación de los ecosistemas.

Cuando el calor también rompe las ciudades

El aumento de la temperatura ya supera la capacidad de adaptación de muchas infraestructuras europeas. En distintos países se registraron vías ferroviarias deformadas por el calor, rutas con el asfalto agrietado y una creciente demanda energética por el uso masivo de sistemas de refrigeración.

Estos fenómenos evidencian que el cambio climático ya no representa únicamente un desafío ambiental: también afecta la movilidad, los servicios públicos y la economía.

La cuenca mediterránea es considerada uno de los principales puntos críticos del cambio climático a nivel mundial. En los últimos 40 años, la temperatura del mar Mediterráneo aumentó aproximadamente 1,5 °C y durante el verano puede alcanzar entre 28 y 29 °C durante varios días consecutivos.

Este calentamiento favorece olas de calor más intensas, sequías prolongadas y fenómenos meteorológicos extremos, como lluvias torrenciales e inundaciones repentinas.

El cambio climático también agrava otros problemas ambientales y sanitarios. Las altas temperaturas favorecen la formación de contaminantes atmosféricos como el ozono troposférico, incrementando las enfermedades respiratorias y cardiovasculares.

Además, aumentan las probabilidades de sequías, incendios forestales, enfermedades transmitidas por el agua y los alimentos, así como la expansión de vectores como mosquitos y garrapatas hacia regiones donde antes no estaban presentes.

Especialistas en climatología insisten en que el calentamiento actual no responde únicamente a la variabilidad natural del clima. El creciente desequilibrio energético del planeta está directamente relacionado con el aumento de gases de efecto invernadero generados por las actividades humanas.

Mientras las emisiones continúen creciendo, las olas de calor extremas, los incendios forestales y los impactos sobre la salud serán cada vez más frecuentes. Adaptar las ciudades, proteger los ecosistemas y reducir las emisiones ya no son objetivos para el futuro: son acciones urgentes frente a una crisis climática que ya está transformando el presente.

